

Notas para un estudio sobre las migraciones y la movilidad geográfica en el entorno urbano extremeño (1500–1860)

José Pablo Blanco Carrasco

Revista de Demografía Histórica, XXI, I, 2003, segunda época, pp. 79–111

Resumen

Los movimientos migratorios resultan una de las variables demográficas menos conocidas en la historiografía reciente sobre la historia de la población. Su relación con los fenómenos urbanos, en cambio, ha deparado resultados interesantes. Este estudio tratará de conocer este problema en Extremadura (España), a lo largo de la Época Moderna, con especial interés en la ciudad fronteriza de Badajoz.

Abstract

In the recent historiography, migratory movements are one from the demographic variables lesser known on the history of the population. However its relation with the urban phenomena, has produced interesting results. This study will try to elucidate this problem in Extremadura (Spain), during the Early Modern Age and later, with special interest in the border city of Badajoz.

Résumé

Les mouvements migrateurs résultent une des variables démographiques moins de connaissances dans l'historiographie récente sur l'histoire de la population. Sa relation avec les phénomènes urbains, par contre, a procuré des résultats intéressants. Cette étude essaiera de connaître ce problème en Estrémadure (Espagne), tout au long de l'Ancien Regime, avec un intérêt spécial dans la ville frontalière de Badajoz.

Palabras clave: Movimientos migratorios, Distancia Estándar, ciudades, red urbana, frontera hispano-portuguesa, Extremadura, Badajoz, Época Moderna.

Introducción

Dos aspectos aparentemente separados llaman la atención en relación con el estudio histórico de los movimientos migratorios. En primer lugar, nadie dejará de observar que las migraciones son un problema difícil de abordar por los historiadores de la población. La falta de información y la relativa inseguridad de los métodos puestos en práctica convierten en insegura cualquier afirmación. En segundo lugar, y a pesar de todo, se admite casi sin reservas que la vida de un conjunto importante de personas estuvo gobernada antes por la movilidad que por la continuidad y el estatismo, aunque se discuta todavía sobre la complejidad que conlleva conocer de forma precisa el itinerario de la mayoría de ellos.

Esta peculiaridad historiográfica afecta de una forma acuciante a la demografía histórica y, en especial, a la historia de las poblaciones de mayor tamaño (Salas Ausens, 1999). Al menos en la tradición historiográfica occidental, la ciudad se interpretó como un espacio social, jurídico y cultural diferenciado, mercado y encrucijada (Pirenne, 1972), como un lugar de acogida, de tal manera que buena parte de su singularidad estuvo determinada conceptualmente por la intervención activa de procesos migratorios (De Vries, 1987: 258-259; Poussou, 2001: 251). La ciudad se nutre de su contexto humano y en este proceso se unen ciudades y arrabales, y éstos a su vez, a través de los caminos, de los valles y los pasos montañosos, con las cordilleras vecinas, articulándose, en definitiva, un circuito estable que lograba disipar el crecimiento natural negativo al que aquellas estaban sometidas (Wrigley, 1992: 192 y ss.; De Vries, 1987: 259). Motor económico por excelencia, para crecer, las ciudades necesitaron durante mucho tiempo grandes cantidades de mano de obra; estos contingentes procedían, generalmente, de los sobrantes rurales contiguos (Braudel, 1978; Poussou, 2001: 252).

No pocos trabajos, algunos ya clásicos, han diseñado el mapa urbano y sus transformaciones en la Europa preindustrial (Mols, 1954-1956; De Vries, 1987; Bairoch, 1988; Hohemberg y Lees, 1992; Ribot García y De Rosa, 1997; Cowan, 1998; Poussou, 2001: 237-259). Afortunadamente, tampoco son escasos los trabajos dedicados a definir la estructura urbana española o de partes significativas de ella, como la Corona de Castilla, perfilando un panorama histórico en el que la costa mediterránea y el sur andaluz alcanzaron un protagonismo

indudable durante toda la Época Moderna (Reher, 1990: 36-67), en solitario antes de que la revolución industrial y comercial transformase las tierras del País Vasco, Asturias o las costas gallegas (Correas, 1988; Marcos Martín, 1992; Fortea Pérez, 1995; Reher, 1990: 33 y ss.; Reher, 1994; Reher, 1997; Pérez Moreda y Reher, 1997). Quizás por tratarse de un territorio, el español, muy contrastado en el tiempo y en el espacio, igualmente intensos han sido, además, los esfuerzos dedicados al análisis regional, incluyendo aquellos territorios en los que la intensidad del poblamiento urbano no fue determinante desde un punto de vista cuantitativo durante buena parte del período objeto de nuestra atención, tal y como lo fueron Galicia (Villares Paz, (coord.), 1988; Dubert García, 1992, 2001 y 2002) y otras regiones de la Cornisa Cantábrica (Lanza García, 1997). Tal vez por ello, en estos modelos se ha insistido en la detección de redes de influencia o en la determinación de diferentes modalidades urbanas, siempre sobre la base de interpretaciones cualitativas —más allá del simple umbral del número de habitantes. Bajo este principio, la ciudad no se manifiesta tan solo por su tamaño, sino también por su función y su actividad. Eco de esta definición se hacía Alberto Marcos Martín (1992:137) cuando escribía que la ciudad moderna es «muchas cosas, desde luego, y no sólo una, por mucho que ésta sea susceptible de traducción a una magnitud concreta y fácilmente identificable, se trate del tamaño, de la extensión de la superficie edificada o del número de habitantes que allí viven, trabajan y mueren».

Las monografías locales no menudean. A ellas se han consagrado páginas de incuestionable valor historiográfico. De hecho, las ciudades —especialmente de nuevo las castellanas— fueron objeto de atención privilegiada desde los años sesenta y setenta del pasado siglo, compilándose una serie que, sin ser exhaustiva, ha permitido conocer con relativa seguridad el complejo entramado de sus dinámicas internas¹.

1 Creo que es innecesario hacer ahora una recapitulación siquiera sumaria de los trabajos a los que me refiero, tanto por conocidos como por numerosos; a cambio, remito al lector interesado a los trabajos de Reher (1990) Pérez Moreda y Reher (1997) y Fortea Pérez (1995), donde encontrarán una nómina suficientemente representativa de las monografías locales producidas por la historiografía europea al respecto.

Nuestro cometido ahora será tratar de identificar los problemas por los que atravesaron las principales localidades extremeñas entre los siglos XVI al XIX. ¿Cómo se articula el sistema urbano en Extremadura, una región occidental del interior español, en la que el predominio de la agricultura ha sido históricamente invariable?

Desde el punto de vista geográfico y económico, Extremadura careció de centros urbanos capaces de atraer masivamente a los habitantes de los territorios circundantes. A pesar de que contaron con una actividad artesanal y comercial no desdeñable (Rodríguez Cancho, 1981: 131-156; Rodríguez Sánchez, 1977: 229-236; Blanco Carrasco, 1999a: 281-321) —especialmente durante el siglo XVI—, tanto las capitales provinciales como la mayoría de las ciudades y grandes villas de la región, orientaron su economía básica a la agricultura, dedicando casi toda su actividad industrial —con la excepción de pequeños focos aislados— a la transformación de productos alimenticios como el cereal o la aceituna (García Pérez, 2000: 61-92). Por otra parte, la red urbana que propició el proceso repoblador castellano y la pronta orientación agroganadera de las grandes regiones naturales del mediodía castellano, respaldaron el surgimiento de una tupida malla de grandes poblaciones al sur del Tajo, enormes villas en comparación con el disperso poblamiento septentrional del reino de Castilla (Marcos Martín, 2000: 43). Con una actividad comercial y artesanal muy poco evolucionada, su desarrollo demográfico dependió más de su capacidad de aprovechamiento del territorio circundante y de las posibilidades de expansión de sus respectivos terrazgos, que de su capacidad de adquisición de recursos ajenos.

1. Las ciudades extremeñas y el movimiento general de la población regional

A pesar de contar con un número importante de núcleos de mediano tamaño, el carácter rural extremeño tiene una significación que supera ampliamente los límites de la historiografía, elevándose al rango de lugar común en el discurso del hombre moderno y contemporáneo. La caracterización de Extremadura como un territorio periférico, por encima de tópicos regionalistas, ha dibuja-

do las líneas generales de la historiografía regional (VV.AA., 1983: 16 y ss). Desde los primeros esbozos de la historia de la población extremeña se pusieron de manifiesto los fuertes condicionantes del proceso urbanizador en este extremo occidental del reino de Castilla: un territorio alejado de los centros de poder y de los cauces de inversión comercial e industrial; orientado a la explotación extensiva de pastos y carente, en definitiva, de aglomeraciones capaces de dinamizar por sí solas al conjunto de la región. No existe desacuerdo en que el imperativo histórico que militarizó la frontera hispano portuguesa desde la culminación del proceso de expansión de los reinos hispánicos, desestabilizó una extensa franja de suelo extremeño —la *raya*, un concepto cultural que va más allá de la línea divisoria entre España y Portugal—, limitando consecuentemente la capacidad económica de las familias asentadas en esta parte de la región. Son numerosos los testimonios sobre las dificultades que tenían las familias campesinas a lo largo de todo el Antiguo Régimen para compatibilizar las elevadas cargas fiscales —agudizadas por los permanentes alojamientos de tropas—, con la inseguridad que presidía la actividad agraria (Cortés Cortés, 1996; Melón Jiménez, 1999b). A principios del siglo XVIII, por ejemplo, cuando la población rural empezaba a despertar del largo proceso de decadencia sobrevenido tras la crisis de finales del Quinientos, los campesinos de Granadilla y Montánchez se negaban a cultivar las tierras por miedo a perder las cosechas tras el paso de las tropas por sus localidades (Blanco Carrasco, 1999a: 132). Este conjunto de limitaciones —la estructura del sistema tradicional de pasto, el mercado de la tierra y la inestabilidad ocasional de los cultivos, entre otros— condujo a la proliferación de grandes extensiones baldías (Melón Jiménez, 1989), y decidió a una parte de la población a abandonar sus lugares de residencia tradicionales en momentos de presión demográfica. Por otra parte, y al mismo tiempo, la geoestrategia de los reyes españoles respecto a sus relaciones con la monarquía portuguesa, favoreció el desarrollo y la proliferación de plazas fuertes a lo largo de la frontera extremeña con Portugal. En ellas, dado que la presencia militar fue permanente, y muy numerosa en períodos concretos, la dinámica social acababa por integrar a los soldados en el tejido social, ya fuera temporal o permanentemente. La ciudad de Badajoz se erigió desde época bajomedieval como el ejemplo más característico de este modelo.

CUADRO I

Poblaciones extremeñas con más de 5.000 habitantes en 1860 (1501-1860)

Censos Tamaño	1501	1530	1557	1579	1591	1631	1754	1787	1829	1860
>3.000	6	7	11	14	20	19	20	24	28	28
>5.000	1	1	7	9	8	5	7	9	16	28
>10.000	0	0	1	1	0	0	0	1	2	4
Pob. Media (Miles)	3,3	2,6	4,1	4,5	4,4	4,1	4,1	4,8	5,8	7,8
Extremadura (Miles)	321	475	500	479	397	469	427	539	695	
Urbanización (U10)		0,00	2,20	0,00	2,22	0,00	0,00	2,78	4,65	8,85
Urbanización (U5)		5,80	10,35	14,40	13,84	8,77	9,76	11,72	23,63	31,61

FUENTE: La crítica historiográfica de las fuentes y datos consultados para la elaboración de esta tabla puede leerse en Blanco Carrasco, (1999a: 28-53). *En cursiva*, valores estimados.

El cuadro I resume datos recogidos por extenso en la Tabla I del apéndice estadístico. A la vista de ambas y de los Mapas I al IV, es necesario insistir de nuevo en dos de las características más sobresalientes del entramado urbano extremeño: el fuerte matiz sur-occidental del tejido urbano regional por un lado; por otro, el desarrollo de un eje de grandes enclaves ligados a la explotación agraria de la cuenca del río Guadiana, que cristalizará y ganará peso con el paso del tiempo. En segundo lugar resulta evidente el temprano declive de los principales núcleos de la Alta Extremadura, con Plasencia como aglutinador del rico mundo rural septentrional, disperso, como un abanico, por los valles de los ríos Ambroz, Jerte, Tiétar, y Alagón. La existencia de esta ciudad en el extremo septentrional de la Vía de la Plata, antigua calzada romana y más tarde paso de ganados y ruta jacobea, nos permite observar con claridad otra dimensión de la estructura de la red urbana extremeña. Este antiguo camino, construido para conectar Mérida —la antigua Emérita Augusta, ciertamente— con las montañas leonesas hacia el norte y con Sevilla hacia el sur, permite, en el esquema interno de las comunicaciones regionales, vincular a las grandes villas y ciudades septentrionales con las poblaciones del mediodía extremeño, más activas demográfica y económicamente.

Se perfilan, por tanto, tres ejes esenciales en la configuración de la red regional de grandes poblaciones. El primero de ellos, de tipo geográfico, representado por el valle del Guadiana; el segundo, de marca-

do carácter económico, encarnado por el trazado de la antigua Vía de la Plata; el tercero, por último, de naturaleza político-administrativa, diseñado por la larga frontera regional con el vecino reino de Portugal. El desarrollo de la red urbana extremeña se estructura en trono a estos tres ejes. No es casual, por tanto, que las máximas densidades demográficas regionales maduren en sus puntos de intersección.

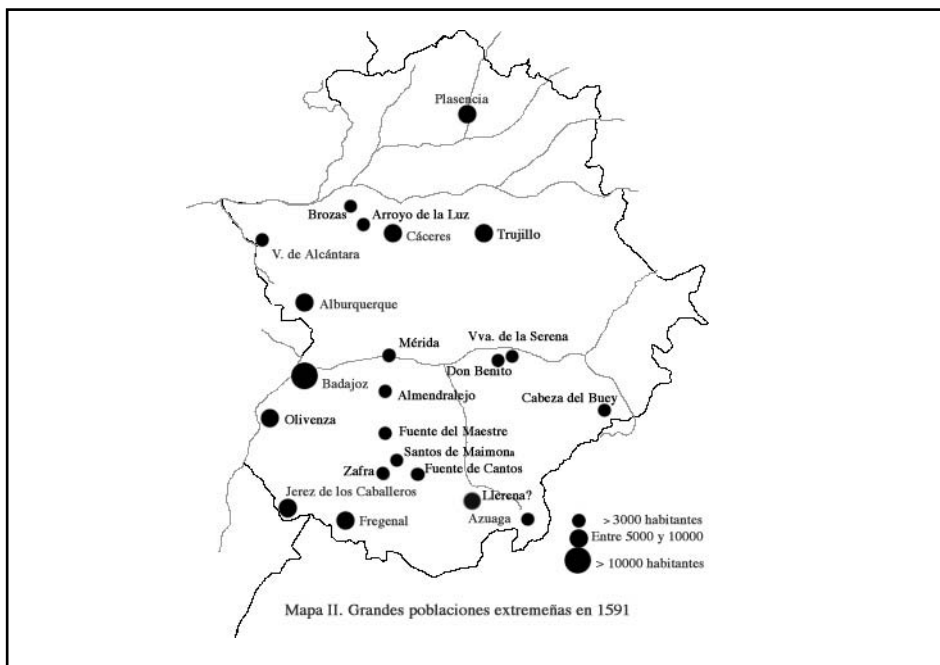
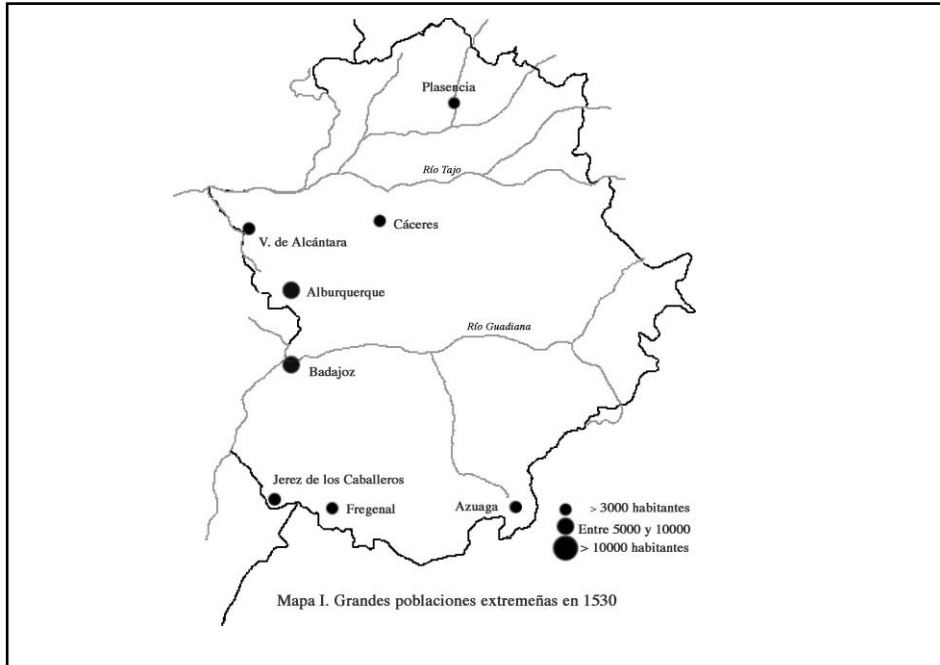
1.1. La evolución general del poblamiento urbano

Tomando como umbral de urbanización los 10.000 habitantes, el coeficiente de urbanización regional registra valores modestos: tan sólo el 8% de la población residía en localidades de este tamaño en 1860. Ahora bien, no es menos cierto que el predominio de las grandes villas caracteriza igualmente al territorio extremeño, pasando de un 5% a principios de la Edad Moderna al 32% que se hace visible al final de nuestro período de estudio. Esta será una característica mantenida a lo largo del tiempo y es quizás la que mejor define la naturaleza de la red urbana extremeña a través de su historia, una región de grandes villas y de pequeñas ciudades.

En los umbrales de la Época Moderna sólo los grandes núcleos pacenses parecen franquear con creces la media de la población regional. Jerez de los Caballeros, con una vitalidad demográfica patente desde los inicios mismos de la repoblación de la cuenca del Guadiana, supera ampliamente el límite teórico de los cinco mil habitantes, aunque seguramente Plasencia, Badajoz y Alburquerque, para los que no se cuenta con información referida a los primeros años del siglo XVI, deban incorporarse a esta nómina (Le Flem, 1967; Cortés Cortés, 1996); algo por debajo de este nivel, aunque por encima de los tres mil habitantes, se encuentran una serie de villas y ciudades de gran importancia en sus respectivas zonas de influencia: Llerena, enclave de poderosos comerciantes y ganaderos, sede de uno de los tribunales de la Inquisición instalados en el mediodía del reino de Castilla para el control de las poblaciones conversas, y núcleo central de las comunicaciones del sur regional con Andalucía; en el mismo nivel se encuentra Fuente de Cantos, junto con otros núcleos aledaños a los grandes ejes de comunicación norte-sur, tales como Villafranca de los Barros, Santos de Maimona o Zafra, a los que seguramente podamos sumar Trujillo y Cáceres. Posiblemente, los primeros decenios de la centuria del Qui-

nientos —una vez superado el grave percance de la crisis de 1506-1508, con efectos decisivos en las grandes villas del sur occidente regional (Blanco Carrasco, 1999a:109-110)— sea el momento de mayor vitalidad de las grandes poblaciones extremeñas, y para la región en general. Pese a las reservas que deben inspirar los censos y recuentos disponibles, el crecimiento de la región fue generalizado en los treinta primeros años de la centuria. Cabeza del Buey, Castuera, Llerena y otros enclaves de la Extremadura meridional —con tasas de crecimiento continuo superiores al 20‰— incrementaron considerablemente sus efectivos, seguramente a un ritmo superior al conocido en cualquier otro momento de su historia. No en vano, Extremadura seguía siendo un destino atractivo para los contingentes de leoneses y castellanos que abandonaban sus lugares de origen en busca de tierras para labrar (Gerbet, 1979: 68). Todas las fuentes disponibles sugieren que Extremadura se encontraba en un proceso agrícola fuertemente expansivo (Pereira, 1991).

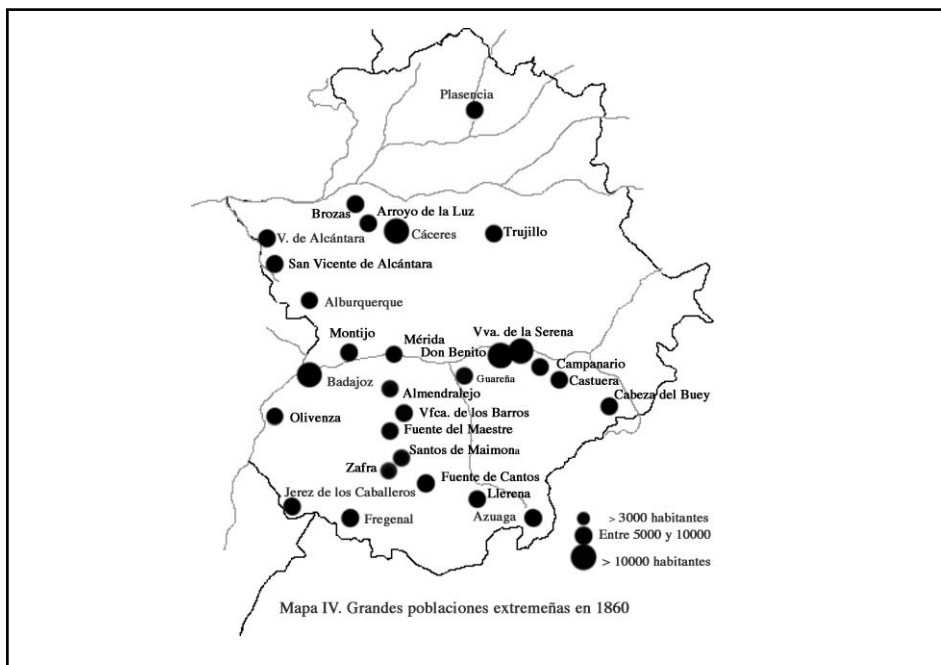
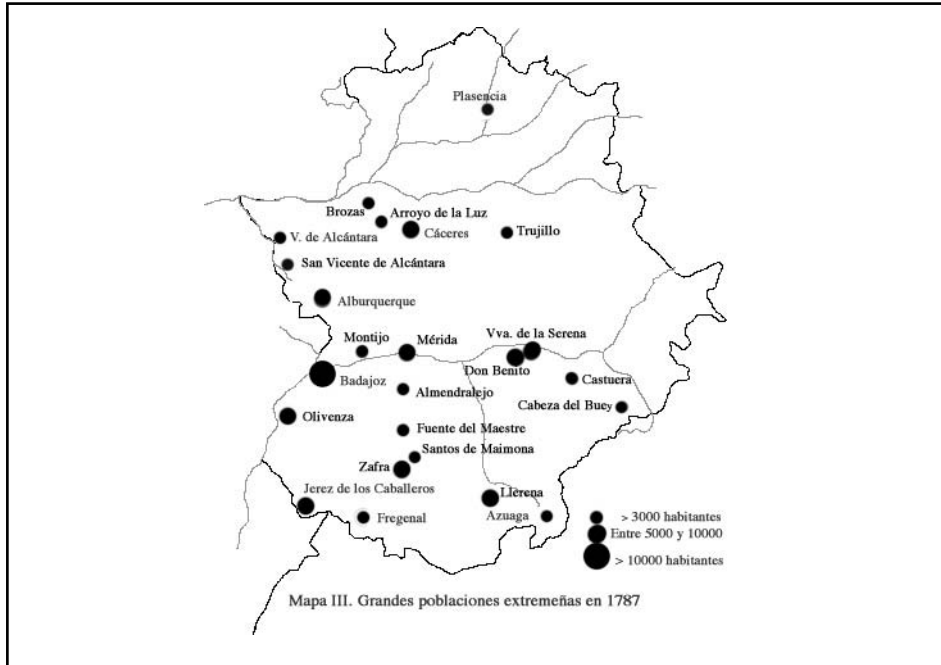
A partir de entonces, el crecimiento se concentra en un número de núcleos más reducido. Las grandes poblaciones de la vega del Guadiana se beneficiaron aún de una agricultura con suficientes recursos para seguir siendo productiva, tal y como justifica el caso de Villanueva de la Serena, pero el crecimiento fue menor o cambió de signo en las localidades peor situadas. Jerez de los Caballeros o Llerena, que habían liderado el crecimiento regional en los primeros años del siglo, vivieron durante esos años un período de estancamiento demográfico; la villa de Cáceres apenas superó la tasa del 2‰, mientras que Badajoz, una de las ciudades más activas en el primer tercio del siglo, perdió población durante el segundo. Las condiciones económicas y demográfica de la segunda mitad del siglo XVI afectaron también de manera muy contrastada a la población asentada en los grandes núcleos extremeños. Así, mientras que Mérida, iniciaba casi en solitario una fase de decrecimiento sostenida entre 1557 y 1591 —parámetros similares sólo son mantenidos en el sur regional por Cabeza del Buey, en el extremo sur-oriental de la región—, en la Extremadura septentrional, con recursos agrarios más limitados, el decrecimiento es casi general. La crisis afectó primero a estas zonas, pero los últimos años de la centuria afectaron gravemente a localidades como Azuaga, Badajoz, Fuente de Cantos, Jerez de los Caballeros, y, por primera vez, a Villanueva de la Serena. Tan sólo Alburquerque, Fuente del Maestre, Montijo y Villafranca de los Barros saldaron el siglo con ganancias de poblaciones. El resto estuvo marcado por el estancamiento.



El cambio de tendencia económica y la configuración del conflicto armado como un elemento estructural en los grandes núcleos de la frontera luso-castellana, perpetuará los procesos iniciados bajo el signo de la depresión castellana del último cuarto del Quinientos hasta bien entrado el siglo XVIII (Llopis, Rodríguez y otros, 1990; Rodríguez Grajera, 1991; Blanco Carrasco, 1999). Tal y como hemos visto, los primeros núcleos en verse afectados fueron los centros urbanos de la Alta Extremadura, Plasencia y Trujillo, con una marcada orientación comercial hasta bien entrado el siglo XVI y sumidos irremediabilmente en un profundo proceso de ruralización a lo largo de todo el siglo XVII (Le Flem, 1967). Entre 1579 y 1631, los nueve núcleos extremeños que superaban los cinco mil habitantes son sólo cinco; Badajoz, por ejemplo, cercana todavía a los diez mil habitantes, computa dos mil residentes por debajo de los datos de mediados del siglo anterior. Sin embargo, la crisis finisecular no parece afectar de la misma manera a los núcleos de mayor tamaño que a las pequeñas villas y lugares del resto de la región, tal como demuestra el tamaño medio de las grandes poblaciones regionales, que ha perdido tan sólo 500 habitantes por término medio. Así, en los valles septentrionales, de poblamiento típicamente rural y que aglutinan a las poblaciones extremeñas de menor tamaño, las pérdidas demográficas se cifran en torno al 28% entre 1591 y 1631, situación que se agudizó en los años siguientes, bajo el efecto de la guerra de Secesión, la persistencia de malas cosechas y la presencia de graves crisis de mortalidad epidémicas entre 1632 y 1669 (Blanco Carrasco, 1999a: 119-127 y 177; Rodríguez Grajera, 1991: 113). Los efectos sobre las poblaciones meridionales son menos marcados pero parecen generalizados a todas las comarcas pacenses, especialmente en las situadas en el extremo sur oriental, tal como sucede en Llerena (Pérez Marín, 1993). Los núcleos demográficamente más activos redujeron sus tasas de crecimiento considerablemente. Montijo, por ejemplo, pasó de una tasa del 20‰ entre 1579 y 1591 a valores cercanos al 6‰; Fuente del Maestre recortó sus niveles de crecimiento en 9 puntos; Villafranca de los Barros en 13. Ninguna de las localidades afectadas por pérdidas de población desde 1579 pudo cambiar el signo de su crecimiento en la primera mitad del siglo XVII, aunque la mayoría atajó las altas tasas que venían padeciendo durante el último cuarto del siglo XVI. Badajoz, que perdía población a un ritmo del 12‰ anual, acertó sus pérdidas hasta situarlas en niveles próximos al 4‰; en el norte, Plasencia y Trujillo aumentaron estos recortes en un 19 y un 15‰ respectivamente,

situándose en tasas cercanas al 7%. La situación, pues, mejoró en general, aunque sólo 10 de las 28 localidades afectadas por este estudio consiguieran recorrer este lapso de tiempo sin ver disminuido el número de sus habitantes.

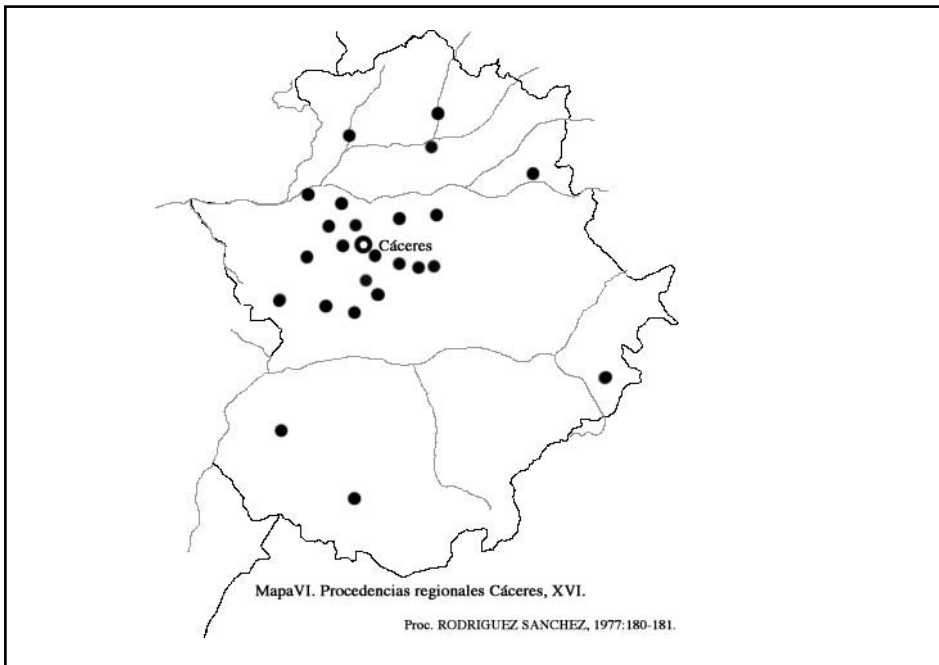
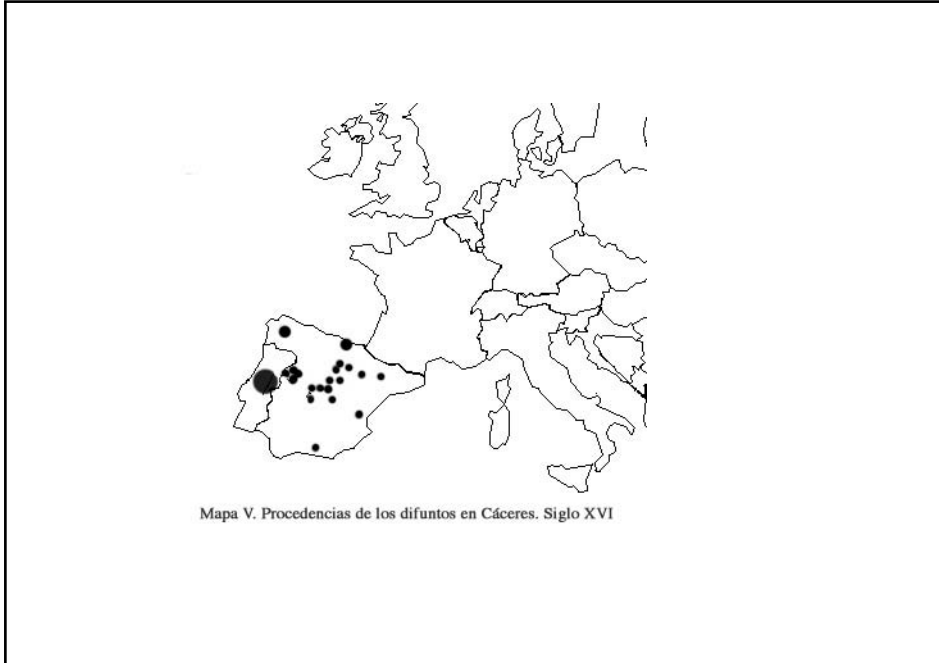
La recuperación aún tardará en llegar al conjunto de la región, pero sus poblaciones de mayor tamaño reflejaron pronto los efectos de la mejora de las posibilidades de un crecimiento basado en la recuperación agraria, si bien con una fuerte diferenciación regional. Así, los núcleos de la actual provincia de Cáceres experimentaron tímidos repuntes hasta finales del siglo XVIII, hecho que contrasta con la evolución de las grandes ciudades agrícolas del valle del Guadiana, con el conjunto Villanueva de la Serena-Don Benito ya definido como un entorno de crecimiento continuado; en el otro extremo de las vegas, se deben resaltar los grandes avances obtenidos por Badajoz gracias a la puesta de cultivo de grandes extensiones de terreno al amparo de la elección de la ciudad como capital provincial, Intendencia y Capitanía General desde los primeros años del siglo XVIII (Blanco Carrasco, 1999a: 128-138). El siglo XIX será el de la culminación de este proceso, consolidando el crecimiento de núcleos que habían basado sus respectivas ampliaciones en torno a la expansión de cultivos. Badajoz supera los veinte mil habitantes en 1860; conjuntamente, Villanueva y Don Benito suman algo más de 25.000 habitantes separados por un escaso trecho de terreno. Por su parte, Cáceres se ha consolidado como la otra capital de la nueva estructura biprovincial, con un aumento considerable de su vecindario en toda la primera mitad del siglo XIX, aunque su trayectoria demuestre la pervivencia de condiciones de alta presión demográfica hasta finales de la centuria (Campesino Fernández, 1982; Blanco Carrasco, 1999a: 139-152).

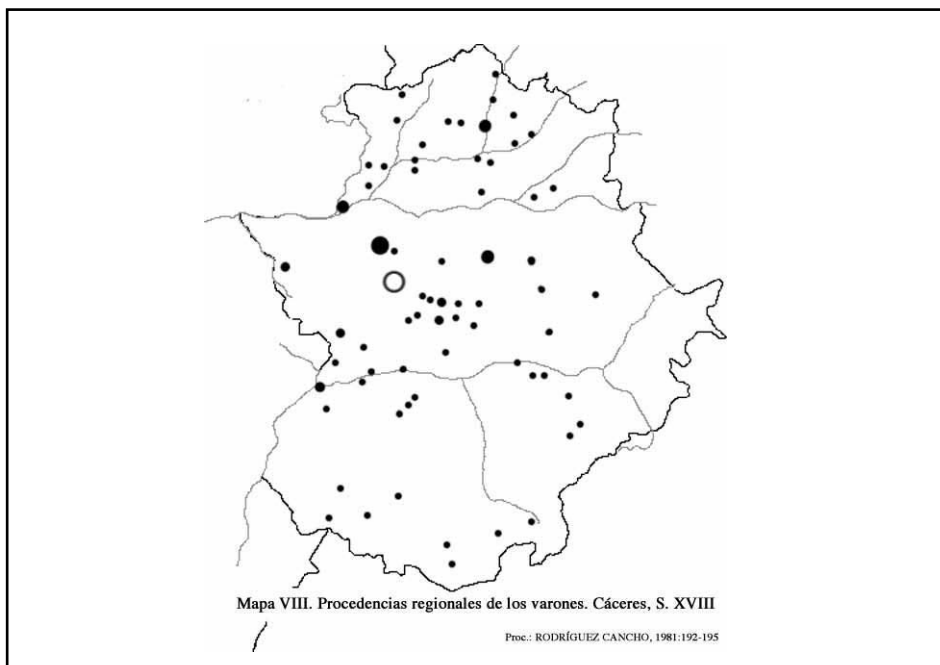
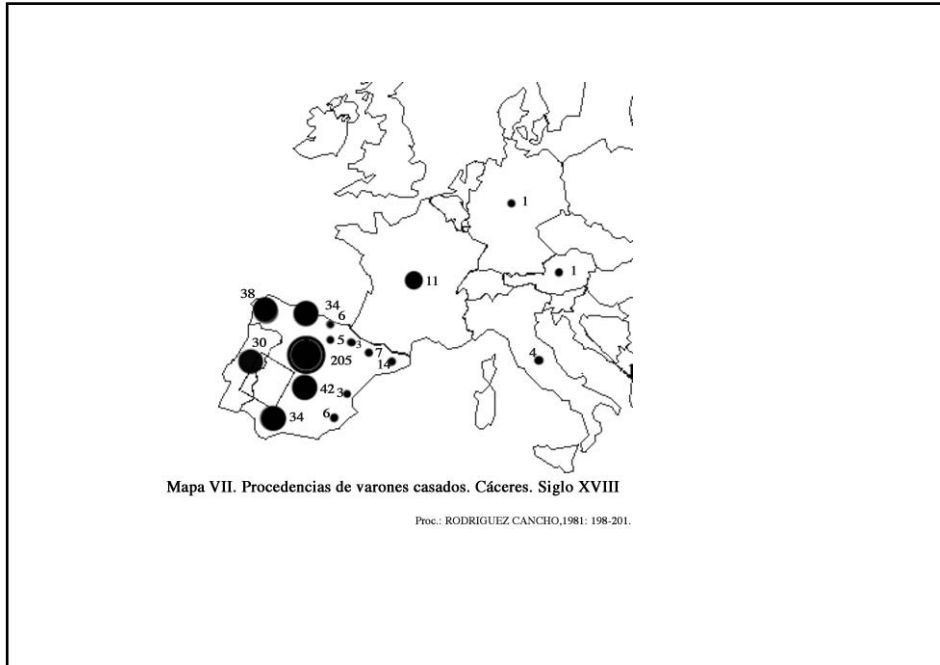


2. Los procesos migratorios y el mundo urbano regional

La formación de las ciudades extremeñas, tal como hemos visto, parece transcurrir por los mismos cauces por los que transitó el resto del interior peninsular (Marcos Martín, 2000: 42-46). Pese a ello, mantiene peculiaridades que van más allá de ciertos desajustes cronológicos. Así, parece claro que el tejido urbano regional se vio truncado desde finales del siglo XVI, manteniendo un leve crecimiento que compensaba la decadencia de las ciudades septentrionales con las ligeras ganancias demográficas del sur de la región. Mientras la franja occidental se fortaleció a lo largo de los siglos modernos, con Badajoz como base sobre la que giraba el modelo de crecimiento de toda esta zona, en las comarcas situadas en la margen izquierda de la Vía de la Plata la estructura del poblamiento siguió marcada por la presencia de pequeñas villas, aldeas y lugares sin capacidad alguna de expansión sostenida hasta bien entrado el siglo XIX con la excepción de Villanueva de la Serena y Don Benito.

La facultad de resistencia de los núcleos urbanos contra las graves crisis experimentadas por las poblaciones rurales a lo largo de los tres siglos modernos y la primera mitad del siglo XIX, estuvo íntimamente ligada a su fuerza de atracción sobre el medio circundante y, en algunos casos, sobre poblaciones mucho más alejadas. No obstante, los márgenes en los que puede pensarse no alcanzan valores superiores al 20% de la población total residente. Este es el caso de la villa de Cáceres durante los siglos XVI al XVIII, tal como han puesto de manifiesto los estudios pioneros de Ángel Rodríguez Sánchez (1977) y Miguel Rodríguez Cancho (1981). Si tomamos en cuenta el número de matrimonios contraídos entre vecinos e inmigrantes originarios de diferentes lugares de procedencia, comprobaremos que la mayor parte de ellos provienen del interior de su propia jurisdicción: 986 individuos, hombres y mujeres, que participaron en los 4320 esponsales celebrados en las parroquias cacereñas en primeras nupcias, procedían de alguno de los núcleos del su partido, con el Casar de Cáceres, apenas a 10 kilómetros de la ciudad y una de las villas más pobladas del entorno, como protagonista indiscutible de este fenómeno puesto que aportaba algo menos del 40% del total de los inmigrantes registrados (Rodríguez Cancho, 1981:189). En los mapas V al VIII se recoge gráficamente la experiencia de los contrayentes originarios de otras poblaciones en dos momentos diferentes. El ejemplo





emeritense (Rodríguez Grajera, 1985:146-148) en el siglo XVII trasluce una dinámica muy similar, aunque en este caso la dispersión de las procedencias es menor, en consonancia con su capacidad de atracción. En las 4500 bodas celebradas en primeras nupcias se puede constatar la presencia de 400 contrayentes que proceden de la jurisdicción de Mérida, 375 proceden del resto de Extremadura, 15 de Galicia, 39 procedentes de ambas castillas, tres andaluces y un aragonés. En cuanto a la inmigración procedente de otros países, Portugal excede con sus 39 cónyuges —de los que 29 son hombres— la mínima representación francesa y americana, con una persona en cada caso. Almendralejo, muy cerca de Mérida, observa una creciente importancia de la presencia de forasteros en las uniones matrimoniales celebradas entre 1575 y 1650, coincidiendo con una fase depresiva en las tasas de crecimiento locales.

A partir de entonces, su peso decrece pero sigue siendo mucho más elevado que en los primeros cincuenta años del recuento. Al menos uno de los dos contrayentes procedía de otro lugar en un 35% de los matrimonios; el 65% restante corresponde a casos en los que ambos esposos eran almedralejenses. Por procedencias, no destacan especialmente los oriundos de los pueblos limítrofes, con el 38%, algo más de 120 casos; 181 serán los procedentes de pueblos comarcanos, y 194 se repartirán en el resto de la provincia de Badajoz (Zarandietta Arenas, 1993:242). Jerez de los Caballeros, Zafra (Cortés Cortés, 1983), Fregenal de la Sierra, Don Benito (Blanco Carrasco, 1999a, 229 y ss.) o Brozas (Iglesias Mateo, 1990), por poner sólo algunos ejemplos bien conocidos por la historiografía regional, experimentan circunstancias muy parecidas a lo largo de diferentes momentos de su historia.

Lógicamente, cualquier cálculo de la inmigración a partir de estos datos es confuso e incierto. Por una parte, no todos los contrayentes fijarán su residencia definitivamente en la parroquia en la que se casan, aunque una mayoría lo haga y use precisamente el matrimonio para avecindarse. Sin embargo, no resulta del todo improcedente acceder al conocimiento de los movimientos migratorios a través de este dato, puesto que refleja con mucha claridad el marco de atracción de los diferentes núcleos y permite, a través del análisis de algunos datos cualitativos, intuir mecanismos de formación y funcionamiento de las redes de acogida que están en la base de toda la movilidad geográfica pasada.

2.1 .La movilidad geográfica en la historia demográfica de una ciudad extremeña: Badajoz

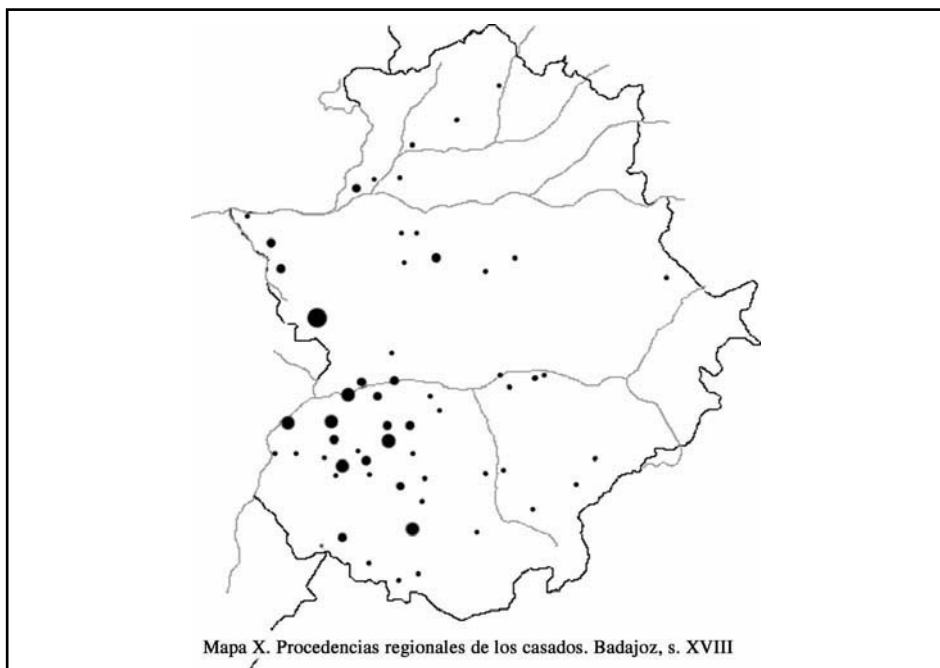
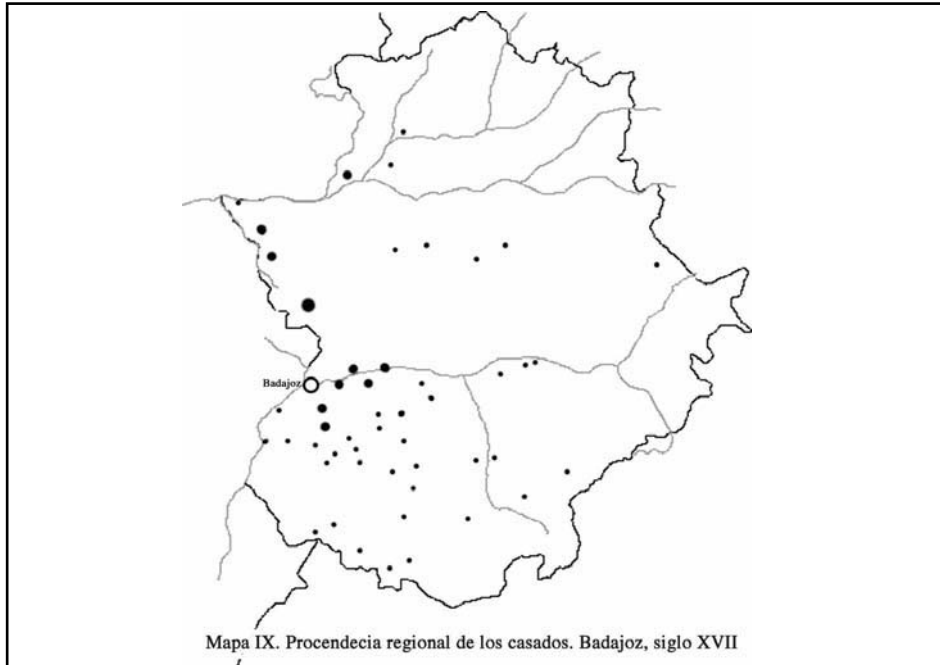
A diferencia de las grandes urbes del interior, las pequeñas ciudades extremeñas mantuvieron una relación de dependencia con sus respectivos entornos rurales más intensa en lo jurisdiccional que en lo demográfico, quizás más ligada a la organización de un espacio cuya propiedad era frecuentemente común, propiciando movimientos trans-terminales entre unos y otros núcleos. Se administraban tierras de las villas y lugares desde el centro de la jurisdicción, pero este camino comunicaba a los territorios en una doble dirección: de la cabeza de la jurisdicción a los núcleos de la tierra; y desde estos, hacia aquélla. Creemos que las posibilidades de crecimiento de estas ciudades —la pequeña ciudad de Coria podría ser un ejemplo suficientemente explícito—, aunque subsidiarias de las aportaciones provenientes de sus zonas de influencia, se basaba principalmente en su potencial de crecimiento interno, en el balance de sus propias capacidades reproductivas (Blanco Carrasco, 1995). Esta realidad no es del todo aplicable a la principal ciudad del territorio objeto de nuestra atención: Badajoz.

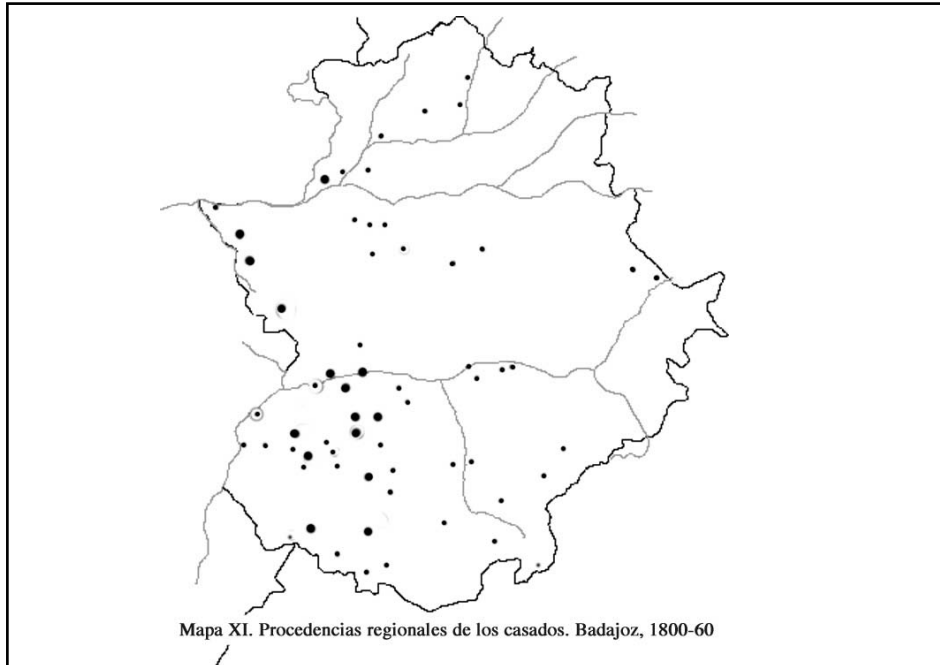
La ciudad había despuntado muy pronto en función de una posición geoestratégica vital en el entramado de intereses territoriales de los reyes hispánicos. Es Fernando Cortés (1996) quien más incide en este aspecto. Conviene recordar, además, que el territorio sobre el que se asienta era considerado como una de las vegas más fértiles de toda la región. No en vano, buena parte de la expansión que la ciudad experimentó a lo largo del siglo XVIII y en los primeros decenios del XIX está basada en la puesta en cultivo de una parte considerable de su terrazgo, orientado tradicionalmente al sostenimiento de grandes rebaños trashumantes y riberiegos. Por otro lado, su tejido comercial no cesó de ganar puestos en los escenarios de representación ciudadana, y la llegada permanente de soldados alimentó más si cabe un flujo muy activo de migraciones controladas por las extensas redes sociales que se formaban en la ciudad al amparo de viejos paisanajes y solidaridades basadas en el conocimiento mutuo. No es de extrañar que entre las 4.000 actas matrimoniales registradas para este estudio, algo más del 40% lo protagonizaran naturales de otros lugares. Este flujo continuo de personas, junto al dinamismo demográfico que auspició la ampliación del mercado agrario, matrimonial y de bienes y consumo desde el siglo XVIII, afianzó el crecimiento experimentado desde los años centrales del siglo XVII, aunque alcanzara su significación más expresiva

en los primeros sesenta años del siglo XIX. Así, entre 1591 y 1860 la ciudad creció a un ritmo del 1,23‰, casi un punto por encima de la media regional, situada en un modesto 0,35 (Blanco Carrasco, 1999a: 75), pasando de 10.659 habitantes a algo más de 22.000 entre ambas fechas. A estas alturas, Badajoz consolidaba su posición de privilegio demográfico respecto a cualquier otro núcleo regional (Cáceres, la otra capital provincial, sumaba por entonces 16.000 habitantes).

Debido a su naturaleza militar y administrativa, junto a la llegada de vecinos y habitantes de su propio partido² y las jurisdicciones vecinas de las tierras de Mérida, Cáceres y Alcántara, la aparición de soldados en todo el entramado urbano de la ciudad dejará una impronta característica. Con la segregación definitiva de Portugal en 1668, la ciudad revalidó su finalidad militar como plaza fuerte, con tropas acuarteladas de manera permanente. Sus procedencias presentan una gran dispersión geográfica, pero resaltaron dos grupos sobre los demás: por una parte, una gran presencia de tropas catalanas; por otra, un contingente numeroso y heterogéneo de extranjeros —irlandeses, franceses, valones, italianos, alemanes... En 1662, por ejemplo, se acantonaron en Badajoz cerca de 1900 italianos, 900 correspondientes al regimiento de Milán, que venían a sumarse a 1300 jinetes milaneses instalados en la ciudad tiempo atrás; el millar restante luchaba bajo bandera del regimiento de Nápoles. Otros dos mil procedían de Cataluña y Aragón (Cortés Cortés, 1996: 235). Junto a estos, y ligados a corrientes permanentes y presentes igualmente en el resto de Extremadura, los procedentes de las regiones septentrionales peninsulares —Galicia, las Montañas de León, Burgos y la Rioja—, configuran el tapiz de la migración en Badajoz. Una atención especial requiere el grueso de la migración portuguesa, con una organización basada principalmente en la atracción geográfica de primera línea: es, por tanto, una migración motivada por el conocimiento del territorio cercano, con masiva presencia de vecinos de Elvas (Yelves en el pasado), Campomaior, Castelo Branco, Évora y, durante mucho tiempo, Olivenza; por otro lado, muchos de los portugueses que llegaban a asentarse en la ciudad eran originarios de las mismas zonas que tradicionalmente habían aportado población a las bajas densidades

2 Compuesto por Alburquerque, Feria, Oliva, La Roca de la Sierra, Salvatierra, Talavera la Real, Villar del Rey, Jerez de los Caballeros y Zafra, es una de las zonas con mayor densidad de población a lo largo de todo el período moderno extremeño.





demográficas meridionales (Guarda, Viseo, Miranda, Lamego, Coimbra y Braga) o procedían del entorno de Lisboa (Vid. Mapas IX al XI).

Es evidente, pues, que el peso de la migración en el desarrollo de la ciudad no debió ser poco, y quizá no tanto por su número, sino por los mecanismos sociales que desencadena y sobre los que sin duda es necesario incidir en trabajos futuros a tenor de las posibilidades obtenidas para otros ejemplos locales en Extremadura (Blanco Carrasco, 2002).

2.2. Las fuentes y los métodos. Una propuesta

Hemos mencionado algunos de los inconvenientes que resultan de la utilización de los registros parroquiales —de matrimonios en este caso— en el estudio de los movimientos geográficos de la población. Sin ser una cuestión zanjada, no abundaré en este problema salvo para recordar que el problema más evidente radica esencialmente en la naturaleza electiva del hecho migratorio. Por otra parte, aún asumiendo lo anterior como un mal menor, la anotación sacramental es a

veces incompleta, confusa o inexistente, si bien es cierto que el grado de certidumbre que proporciona el registro es creciente a lo largo de la historia del archivo parroquial. Con todo, y este es el más claro interés que este conjunto documental tiene para nosotros, proporciona información suficiente como para abordar un análisis de las procedencias de los esposos independientemente de sus movimientos futuros.

La herramienta de cálculo que utilizaremos es la fórmula de la Distancia Estándar en la versión de Bachi (1958), popularizada por Henry S. Shryock, Jacob S. Siegel y otros (1976). Como es sabido, esta formulación se basa en el concepto estadístico de la desviación estándar, en este caso aplicado a las distancias que separan a los diferentes núcleos de área del *Centro de Población*, entendido éste como el centro de gravedad demográfica del territorio en cuestión (Shryock, Siegel, and Ass., 1976:73-75). En nuestro caso, el punto de referencia serán las coordenadas geográficas de la ciudad de Badajoz.

Aunque no se ideó con este fin, resulta una herramienta útil para definir el grado de dispersión de las procedencias geográficas, puesto que es capaz de sintetizar valores muy diferentes entre sí. Es preciso indicar, finalmente, que, a falta de coeficientes correctores que ponderen los diferentes casos en función de alguna de sus características — población censal, tasa de crecimiento, densidad del poblamiento, distancia media entre poblaciones...—, el alcance de su precisión es tanto mayor cuanto más concentradas estén las poblaciones analizadas. Por tanto, resultará un índice muy preciso para el análisis de las migraciones de corta distancia y algo más grosero en la integración de las medias y las grandes distancias.

En esta ocasión, aplicaremos este cálculo a las procedencias obtenidas a través del vaciado de dos de las parroquias más importantes de la ciudad de Badajoz: San Andrés (o el Rosario) y Santa María la Real (o del Castillo). Se han recogido datos correspondientes a los primeros años del registro hasta 1890, en períodos de diez años por cada treinta, aunque manteniendo la continuidad de la serie a lo largo del siglo XVII y dos períodos concretos, de 1700 a 1720 y de 1800 a 1820, con el único fin de observar en detalle la marcha de los flujos inmigratorios bajo la influencia de conflictos bélicos. Para evitar reiteraciones indeseables se han eliminado del cálculo a los viudos que contraen segundas y sucesivas nupcias, y se ha orientado la obtención de esta medida para las poblaciones comprendidas en la región. Esta limitación está condicionada por la influencia que la lejanía ejerce

sobre el cálculo de la Distancia Estándar (DE), y sobre sus proyecciones en la movilidad masculina (DEV) y femenina (DEM), puesto que la presencia de media docena de emigrantes de las Montañas Leonesas, por ejemplo, resulta tan determinante como todo el conjunto de los pueblos circundantes de un núcleo meridional. En los cálculos siguientes, por tanto, sólo se han considerado las procedencias regionales.

CUADRO II

Distancia Estándar de las procedencias regionales. Badajoz, 1600-1849

	600-1649		1650-1699		1700-1749	
	Casos	Km	Casos	Km	Casos	Km
DEV	127	17,72	80	18,88	145	21,51
DEM	130	17,40	62	18,90	149	20,59
	1750-1799		1800-1849		1600-1849	
DEV	151	19,00	93	23,27	596	20,20
DEM	161	19,57	122	18,69	624	19,26

FUENTE: Libros parroquiales de matrimonios. San Andrés y Santa María la Real. Badajoz. Archivo del Centro Cultural Santa Ana de Almendralejo, Proyecto 007AP, Rlls. 737 al 739; 766 al 769.

Tal como se desprende del cuadro II, las poblaciones implicadas en los movimientos migratorios regionales que tuvieron como destino Badajoz, están concentradas mayoritariamente en su entorno más cercano, sobre todo en el territorio de su propio partido. Aún así, es perceptible una progresiva incorporación de emigrantes procedentes de núcleos cada vez más alejados, sobre todo en los movimientos migratorios de los varones. Los 17 kilómetros de la primera mitad del siglo XVII son ya poco menos de 19 en los cincuenta años de la segunda mitad del siglo, para seguir creciendo hasta los primeros cincuenta años del siglo XIX. Esta evolución sugiere una participación cada vez más intensa del conjunto de la región en el crecimiento de Badajoz, con especial protagonismo en su período más intenso, tal como hemos definido a la primera mitad del Ochocientos. El caso de las mujeres presenta variaciones sensibles. De una parte, parece acertado pensar que su procedencia se reparte principalmente entre los núcleos del partido y su movilidad está relacionada con el servicio doméstico; tal vez, a este contingente deben sumarse aquellas jóvenes que llegaron a

la ciudad como consecuencia de estrategias matrimoniales concretas, estrategias que ligaban a familias de diversas localidades por lazos de paisanaje, ya descritas en el caso cacereño (Rodríguez Sánchez, 1991); de manera residual, también esconden estos valores, movimientos migratorios de carácter familiar —en los que la joven forma parte del pequeño contingente emigratorio en el que se convierte una familia en estas circunstancias— realizados en el pasado y que el anotador no hace explícitos en el momento del matrimonio. Sólo bajo esta última hipótesis, podría sugerirse que los márgenes de oscilación de la distancia estándar entre géneros son parecidos, es decir, que afectan por igual a hombres y mujeres. Al fin y al cabo, las mismas pulsiones afectan individual y colectivamente a los integrantes de los núcleos dispuestos a desprenderse de población. Sin embargo, en momentos de recuperación de la actividad productiva, el mercado de trabajo atraía con una intensidad muy diferente a los jóvenes trabajadores del entorno que a las mujeres, y antes a las unidades familiares compuestas exclusivamente por solitarios que a las familias con hijos. Esta característica parece mantener cierta constante en diferentes regiones y momentos históricos.

La linealidad de los valores seculares no puede dejar de advertir los fuertes contrastes que esta variable podía alcanzar en momentos concretos. Para una ciudad de frontera, los más característicos podrían ser los conflictos bélicos, períodos de intensa confusión política económica y social.

Toda Extremadura se vio afectada por estos conflictos, y aún más si cabe las ciudades y las grandes villas que acumulaban botines y riquezas muy apetecidas por los soldados de uno y otro lado de la frontera (Rodríguez Sánchez, 1979). Las guerras con Portugal han sido definidas como “largos conflictos, carentes de acciones brillantes y decisorias; un prolongado enfrentamiento en el que la entrada ocasional y esporádica, de poco tiempo, en territorio enemigo, con la obtención de un botín o la destrucción de todo cuanto de valor se encuentre, es la estrategia reiteradamente usada por ambos Ejércitos” (Cortés Cortés, 1996:17).

CUADRO III

Distancia estándar (Kms.). Badajoz. Períodos de enfrentamiento bélico

	1640-1668		1700-1715		1809-1818	
	Casos	Distancia	Distancia	Distancia	Casos	Distancia
Hombres	65	19,89	73	22,98	89	23,91
Mujeres	29	18,08	64	22,61	76	19,02

FUENTE: Libros parroquiales de matrimonios. San Andrés y Santa María la Real. Badajoz. Archivo del Centro Cultural Santa Ana de Almendralejo, Proyecto 007AP, Rlls. 737 al 739; 766 al 769.

Frente a los valores del cuadro anterior, se observa un incremento de la distancia estándar en todos los casos con respecto al período en el que se engloban. Durante la guerra de Secesión de Portugal, los valores observados exceden con creces a los obtenidos en la primera mitad del siglo XVII. El mismo efecto, pero de menor intensidad, se observa en el resto de los lapsos de tiempo considerados ahora. No en vano, la ciudad albergó durante mucho tiempo a poblaciones del entorno, atemorizadas por la marcha del conflicto y en busca de la seguridad que le podría ofrecer el sistema amurallado de la ciudad. Es el caso, por ejemplo, de Villar del Rey en 1644, cuyos habitantes abandonaron en masa la población en los momentos iniciales del conflicto, ante la cercanía de las tropas portuguesas. Buena parte de esa huida tuvo como destino la plaza fuerte de Badajoz. Las palabras con las que lo define el párroco de San Andrés son elocuentes:

«En la ciudad de Badajoz a treinta y uno de henero de mill y seiscientos y quarenta y quatro años, Alonso Martín y Beatriz Sanchez, vecinos del lugar de Villar del Rey deste obispado, parecieron ante mí, Francisco Centeno Gallardo, presbítero, vecino de esta ciudad [...] para que pueda rescibir y velar y haber lo demás que se ofreciere [...] porque el dicho lugar de Villar del Rey está despoblado por temor del enemigo y no haber en él cura ni teniente...»³

El mismo ejemplo estaba cundiendo en el resto de las grandes plazas de frontera extremeñas. Coria albergó durante años a una parte considerable de los vecinos de Zarza la Mayor y Alcántara, dos localidades fronterizas cercanas a la segura fortaleza cauriense; a Cáceres llegaron huidos de Brozas, Arroyo de la Luz y Malpartida durante la

³ Archivo Parroquial de San Andrés, Badajoz., libro II de Casados. s.f.

Guerra de Sucesión. En todos estos casos, su paso podía cristalizar en uniones matrimoniales celebradas entre ellos o con otros miembros de las comunidades de acogida, alterando ocasionalmente los patrones migratorios habituales. En el caso de Badajoz, este hecho es especialmente claro en el primero de los grandes conflictos modernos, pero se atenúa a lo largo del tiempo, conforme la naturaleza militar de la ciudad se definía y consolidaba.

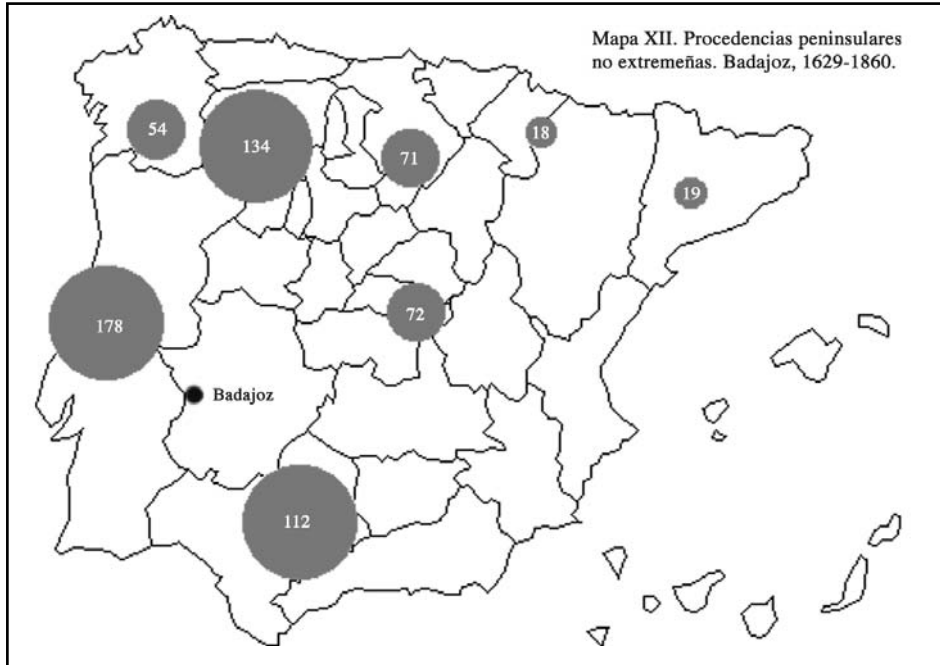
Sin embargo, un aporte migratorio importante no procedía del entorno cercano ni de las tierras extremeñas. El cuadro siguiente resume los datos obtenidos hasta el momento entre 1629 y 1860.

CUADRO IV

Procedencia no extremeña de los inmigrantes casados por grandes agrupaciones territoriales. Badajoz, 1629-1860

Inmigrantes		Procedencia genérica	Mayor contingente
Hombres	Mujeres	Española	
37	17	Galicia	Santiago
116	18	Antiguo Reino de León/Asturias/Santander	Astorga
14	4	Aragón, Navarra y Provincias Vascas	Pamplona
10	9	Cataluña	Barcelona
54	18	Castilla meridional	Madrid
48	23	Castilla septentrional	Burgos
83	31	Andalucía	Sevilla
109	59	Portugal	
33	13	Regiones Septentrionales	Guarda
76	46	Regiones Meridionales	Elvas
18	5	Otras procedencias extrapeninsulares	
6	—	Francia	
5	1	Italia	
3	1	Bélgica	
4	3	Otros	
484	184		

FUENTE: Libros parroquiales de matrimonios. San Andrés y Santa María la Real. Badajoz. Archivo del Centro Cultural Santa Ana de Alendralejo, Proyecto 007AP, Rlls. 737 al 739; 766 al 769.

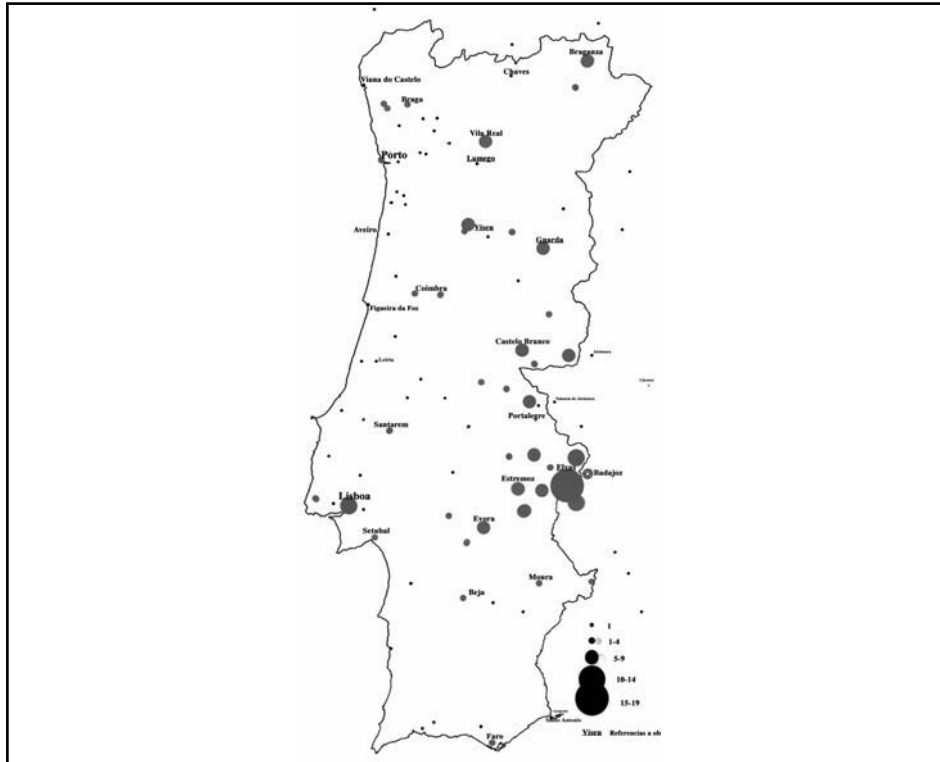


No resulta difícil valorar los datos arrojados por el cuadro anterior a tenor de lo que se conoce de otras villas y ciudades regionales. Entre ellas, el contingente procedente de las regiones septentrionales, tanto españolas como portuguesas, resalta el fuerte componente norte-sur de los movimientos migratorios que acoge la ciudad. La montaña leonesa, cántabra y asturiana aportan buena parte del total de la población inmigrante, al igual que Galicia, especialmente las localidades del sur regional, de fuerte tradición emigratoria y presentes en toda Extremadura desde los umbrales de la Época Moderna. La misma importancia debe concederse a los inmigrantes procedentes de la zona riojana —Sierra de Cameros, Calahorra y noroeste de Burgos—, compuesta en su mayoría por ganaderos y pastores que se instalan definitivamente en los pastos de invernadero. Tanto unos como otros movimientos tienen una fuerte concentración geográfica y resaltan el papel que las redes sociales ejercían como elemento regulador de la emigración, proporcionando acogida, información y un mercado matrimonial —frecuentemente cerrado— que les perpetuaba en las zonas de acogida. Algunos ejemplos son bien conocidos (Blanco Carrasco, 1999b), tal como es el caso de los comerciantes cameranos en la ciudad de Cáceres, por su número y por el papel que estas familias representaron en

el desarrollo de las actividades comerciales allí donde se instalaron. La presencia de comerciantes catalanes responde al mismo fenómeno, con una política matrimonial todavía más acusadamente endogámica (Hidalgo Mateos, 1999). En el caso preciso de Badajoz, la presencia de soldados catalanes a lo largo de los siglos modernos determinaba una fuente de información de primera magnitud, a la vez que ayudaba a robustecer los grupos catalanes de la ciudad.

Con la implantación de la nueva administración borbónica en España, Badajoz pasó a ser Intendencia General y capital de la provincia de Extremadura. Con la excepción de la Real Audiencia, todas las funciones administrativas se organizaron desde allí, lo cual hizo de Badajoz el destino de un número considerable de personas. Entre ellas, quizás los provenientes de la villa y corte de Madrid representan el conjunto más representativo, pero no debe olvidarse que una parte importante de la administración estuvo dominada por las pequeñas élites provinciales, que limitaban por tanto esta afluencia a los cargos más importantes.

El resto de los movimientos migratorios procede del sur peninsular. Se ha desestimado la presencia del Levante por ser casi inexistente. Andalucía, sin embargo, alcanza un protagonismo extraordinario: las áreas sevillana y cordobesa son sus dos ejemplos más claros. En ambos casos, una parte considerable procede de localidades que son limítrofes a la región y se encuentran en los caminos que unen Sevilla con Portugal, de manera que podríamos interpretar la llegada de este conjunto de inmigrantes de la misma forma en la que se presentan los llegados de Llerena, Santos de Maimona o Azuaga. La presencia de gaditanos y malagueños está relacionada en ambos casos con el desarrollo del comercio entre estas zonas y Lisboa, pues no resulta extraña la presencia de factores de esta procedencia en la frontera extremeña (Melón Jiménez, 1999b). Finalmente, tal como ocurre en otros casos de la historia regional, la presencia de inmigrantes extranjeros no deja de ser una nota de exotismo puntual, pero ni cualitativa ni cuantitativamente significaron un cambio significativo en el desarrollo demográfico y social de la ciudad puesto que a diferencia de las grandes urbes costeras y la Corte, nunca cristalizaron en el establecimiento de colonias comerciales de importancia. Su presencia, como se ha venido advirtiendo, está directamente relacionada con la presencia del ejército, y, en todos los casos conocidos, se trata del matrimonio de cuadros de mando de los diferentes regimientos instalados en la ciudad.



Mapa XIII. Procedencias portuguesas en Badajoz. Siglos XVII-XVIII.

De la procedencia portuguesa (vid. Mapa XIII), la mayor parte corresponde a la ciudad de Elvas y a su entorno (la propia Elvas, Campomaioir, Vilaviçosa...), junto con la aportación que Castelo Branco, Castelo de Vide, Évora, Beja y Portalegre pudieron sumar. Lisboa, por motivos muy diversos, fue el punto de origen de una parte importante de la emigración procedente del resto de las regiones meridionales portuguesas. En el norte del reino, las zonas de Lamego, Guarda, Viseu, Braga, Coimbra y Miranda se encuadran en los mismos movimientos norte-sur característicos de las montañas leonesas y Galicia.

Un balance de conjunto debe hacerse eco de la continua implicación de inmigrados en el desarrollo de las poblaciones de mayor tamaño en Extremadura. Ello no implica, sin embargo, la dependencia de sus márgenes de crecimiento respecto a los contingentes procedentes territorios alejados de su entorno más próximo. Al menos la mitad de los matrimonios celebrados en Badajoz tenían como protagonista a un nacido en la ciudad; un cuarto se repartía por el resto de la región,

reservando otra cuarta parte que se distribuyó entre distintos destinos del resto de los reinos españoles. El resto, apenas el 5%, se celebró fuera de estos ámbitos. La inclusión de los datos nacionales en los cálculos de la distancia estándar puede deparar finalmente una visión muy intensa de las diferencias que separaron la experiencia migratoria de las grandes villas y ciudades extremeñas del resto las poblaciones repartidas por el suelo regional.

I. Apéndice estadístico

TABLA I

*Poblaciones extremeñas con más de 5.000 habitantes en 1860
(1501-1860)*

Núcleo	1501	1530	1557	1579	1591	1631	1754	1787	1829	1860
Albuquerque	-	6042	6500	7000	6893	7600	4199	5220	6021	7492
Almendralejo	1668	1930	-	3105	3420	3466	3800	4230	5828	8862
Azuaga	3040	3644	4419	4340	4590	3317	3165	3361	5106	6738
Badajoz	-	7600	10431	9591	10659	9169	8816	11872	12067	22895
Cabeza del Buey	-	1402	2755	3192	3093	2937	4028	3941	5349	6460
Campanario	-	-	1737	1672	2253	2307	2470	2825	5001	6337
Castuera	-	399	1300	1292	1326	-	2774	3293	5723	7216
Don Benito	-	2303	-	-	4226	-	6114	8233	13007	15060
Fregenal de la Sierra	-	3283	6217	5000	5092	4340	1068	4496	5760	6528
Fuente de Cantos	4134	2497	3146	-	3420	2246	2360	2948	4566	6467
Fuente del Maestre	3059	2497	3587	4264	4081	4940	3800	4432	5280	5890
Guareña	-	-	-	-	2329	2196	2413	2532	3946	5192
Jerez de los Caballeros	8170	3488	6764	6745	7459	5411	7144	7371	6463	8345
Llerena	4746	2652	5844	5958	6000	6221	6840	5306	5043	5591
Mérida	3112	2565	-	6544	4609	3865	3960	3934	4183	5975
Montijo	1136	1341	1733	2109	2136	2736	2660	3136	3819	5618
Olivenza	-	-	-	-	6407	-	-	6291	4851	7178
S. Vicente de Alcántara	-	950	1197	1813	1858	1900	3872	4305	6328	7063
Santos de Maimona	2398	2584	2835	2706	2911	3146	3496	4177	4452	6385
Villafranca de los Barros	1649	1634	2280	2280	2177	2702	2740	2682	5000	7630
Vva de la Serena	-	969	2584	3420	3667	2964	3914	5093	8127	10060
Zafra	-	2873	-	-	4408	4359	5320	5633	5188	5782
Arroyo de la Luz	-	2052	-	-	3078	3040	4180	4379	4587	5440
Brozas	-	2744	4469	5510	3800	4374	4454	4701	4916	5354
Cáceres	-	3245	5506	5852	6342	6392	6506	6860	7340	13466
Plasencia	-	-	-	8326	6623	4822	4066	4852	4219	6206
Trujillo	-	1744	6745	6574	6004	4522	5005	4106	4947	7505
Valencia de Alcántara	-	3040	5073	4906	4860	4731	3146	3460	4917	6880

FUENTE: En cursiva, valores estimados. Blanco Carrasco, 1999a: 275. La crítica historiográfica a las fuentes y datos consultados para la elaboración de esta tabla puede leerse en esta misma obra (pp. 28-53)

II. Bibliografía

- BACHI, R., 1962, "Standard Distance Measures and Related Methods for Spatial Analysis" En *Regional Science Association: Papers X. Zurich Congress.*, pp. 83-132.
- BAIROCH, P., 1988, *La population des villes européennes de 800 à 1850.* Genève.
- BLANCO CARRASCO, J.P., 1995, «Coria, 1753. Un modelo de ciudad agrícola en el siglo XVIII. Población, sociedad y estructura familiar» en *Actas de los XXII Coloquios históricos de Extremadura.* Trujillo.
- BLANCO CARRASCO, J.P., 1998, «Villas y ciudades extremeñas en tiempos de Felipe II» en MARTÍNEZ MILLÁN, J. (Dir.) *Felipe II (1527-1598) Europa y la Monarquía Católica.* Madrid, pp. 89-102.
- BLANCO CARRASCO, J.P., 1999a, *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura Moderna. 1500-1860.* Cáceres.
- BLANCO CARRASCO, J.P., 1999b, "Comerciantes cameranos en Cáceres: Los García Viniegra. Estrategias familiares, patrimonio y ciclo vital". En MELON JIMÉNEZ, M.A., 1999 (Ed.) *Antecedentes de la Cámara de Comercio de Cáceres.* Cáceres., pp 131-157.
- BLANCO CARRASCO, J.P., 2002, "Dinámicas familiares en el entorno rural español. La ciudad de Trujillo a finales del Antiguo Régimen" en BARBAZZA, C. *Familles, Pouvoirs, Solidarités. Domaine méditerranéen et hispano-américain. (Xve-Xxe siècles)* Montepellier, pp. 100-110.
- BLANCO CARRASCO, J.P. y SANTILLANA PÉREZ, M., 1998, «Cáceres y su partido en el siglo XVIII. Un intento de análisis demográfico comparado» en *Norba. Revista de Historia.*, 14, pp. 103-126.
- BRAUDEL, F., 1978, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme.* París.
- CAMPESINO FERNÁNDEZ, A.J., 1982, *Estructura y paisaje urbano de Cáceres.* Cáceres.
- CORREAS, P., 1988, «Poblaciones españolas de más de 5000 habitantes entre los siglos XVII y XIX» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VI, 1, pp. 5-23.
- CORTÉS CORTÉS, F., 1983, *La población de Zafra en los siglos XVI y XVII.* Badajoz.
- CORTÉS CORTÉS, F., 1990, *Una ciudad de frontera. Badajoz en los siglos XVI y XVII,* Badajoz.
- CORTÉS CORTÉS, F., 1996, *Alojamientos de soldados en la Extremadura del siglo XVII,* Badajoz.
- COWAN, A., 1998, *Urban Europe, 1500-1700.* New York.
- DE VRIES, J., 1987, *La urbanización de Europa, 1500-1800.* Barcelona.
- DUBERT GARCÍA, I., 1992, «El fenómeno urbano en la Galicia interior. Características económicas y demográficas del ámbito semiurbano» en *Obradoiro de Historia Moderna*, pp. 13-45

- DUBERT GARCÍA, I., 2001, *Del campo a la ciudad. Migraciones, familia y espacio urbano en la historia de Galicia, 1708-1924*. Vigo.
- DUBERT GARCÍA, I., 2002, «Las dinámicas demográficas de las pequeñas villas gallegas a finales del Antiguo Régimen» en *Obradoiro de Historia Moderna*, n.º 11, pp. 61-100.
- FERNÁNDEZ MILLÁN, I., 1995, *La ciudad de Plasencia en el siglo XVIII: aspectos demográficos y sociales*. Mérida.
- FORTEA PÉREZ, J.I., 1995, «Las ciudades de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen: una revisión historiográfica» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII, III, pp. 19-60.
- FORTEA PÉREZ, J.I., (Ed.) 1997 *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*. Santander, pp. 165-200.
- GARCÍA PÉREZ, J., 2000, *Economías, élites y representaciones. Estudios sobre la Extremadura contemporánea*. Cáceres.
- GERBET, M.C., 1979, *La noblesse dans le royaume de Castille. Études sus ses structures sociales en Estrémadure de 1454 à 1516*. París.
- GUÀRDIA, M., MONCLÚS, F.J y OYÓN, J.L. (Eds.) 1994, *Atlas histórico de las ciudades europeas. Vol. I. Península Ibérica*. Barcelona
- HIDALGO MATEOS, A., 1999, “Empresarios en el Cáceres del siglo XIX. Miguel Calaff y Ferrer.” En MELÓN JIMÉNEZ, M.A., (Ed.) 1999 *Antecedentes de la Cámara de Comercio de Cáceres*. Cáceres., pp. 157-177.
- HOHEMBERG, P.M. y LEES, M.H., 1992, *La formation de l'Europe urbaine, 1000-1950*. París.
- LANZA GARCÍA, R., 1997, «Ciudades y villas de la Cornisa Cantábrica en la Época Moderna» en FORTEA PÉREZ, J.I., (Ed.) 1997 *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*. Santander, pp. 165-200.
- LE FLEM, J-P., 1967, «Cáceres, Plasencia y Trujillo», en *Cuadernos de historia de España*, n.º 45-46, 248-298.
- LLOPIS AGELÁN, E.; RODRÍGUEZ CANCHO, M.; MELÓN JIMENEZ, M.A.; RODRÍGUEZ GRAJERA, A. y ZARANDIETA ARENAS, F., 1990, «El movimiento de la población extremeña durante el Antiguo Régimen» en *Revista de Historia Económica*, 8, 2, pp. 419-464.
- LUNA RODRIGO, G., 1988, «La población urbana en España, 1860-1930» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VI, 1, 25-68.
- MARCOS MARTÍN, A., 1992, «¿Qué es una ciudad en Época Moderna? Reflexión histórica sobre el fenómeno de lo urbano». En MARCOS MARTÍN, A., 1992, *De esclavos a señores. Estudios de Historia Moderna*, pp. 137-154.
- MARCOS MARTÍN, A., 1997, «Percepciones materiales e imaginario urbano en la España Moderna» en FORTEA PÉREZ, J.I., 1997 *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*. Santander, pp. 15-50.

- MARCOS MARTÍN, A., 2000, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*. Barcelona.
- MELÓN JIMÉNEZ, M.A., *Extremadura en el Antiguo Régimen : economía y sociedad en tierras de Cáceres, 1700-1814*, Mérida.
- MELÓN JIMÉNEZ, M.A., (Coord.) 1999.a, *Los antecedentes de la Cámara de Comercio de Cáceres : sociedades mercantiles y comerciantes a finales del Antiguo Régimen (1750-1850)*, Cáceres.
- MELÓN JIMÉNEZ, M.A., 1999b, *Hacienda, Comercio y Contrabando en la frontera de Portugal (Siglos XV-XVIII)*. Cáceres.
- MONTERO OMENAT, J., 1990, *La población de Mérida (1.ª Mitad S. XIX)*. Mérida.
- MOLS, R., 1954-1956, *Introduction à la démographie historique des villes d'Europe du XIV au XVIIIe siècle*. (3. Vols.) Lovain.
- PEREZ MARÍN, T., 1993, *Historia rural de la Baja Extremadura. Crisis, decadencia y presión fiscal en el siglo XVII. El Partido de Llerena*. Badajoz.
- PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D.S., 1997, «La población urbana española entre los siglos XVI y XVIII. Una perspectiva demográfica» en FORTEA PÉREZ, J.I., 1997 *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*. Santander, pp. 129-164.
- PIRENNE, H., 1972, *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid.
- RIBOT GARCÍA, L. y DE ROSA, L. (Ed.), 1997, *Ciudad y mundo urbano en la Época Moderna*. Madrid.
- REHER, D.S., 1990, *Town and Country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*. Cambridge
- REHER, D.S., 1994, «Ciudades, procesos de urbanización y sistemas urbanos en la Península Ibérica, 1550-1991» en GUÀRDIA, M., MONCLÚS, F.J y OYÓN, J.L. (Eds.) 1994, *Atlas histórico de las ciudades europeas. Vol. I. Península Ibérica*. Barcelona, pp. 1-30.
- REHER, D.S., 1997, «Auge y declive del mundo urbano en Corona de Castilla durante la Edad moderna. Aspectos de un reajuste de largo plazo» en RIBOT GARCÍA, L. y DE ROSA, L. (Ed.), *Ciudad y mundo urbano en la Época Moderna*. Madrid, pp. 45-72.
- RODRÍGUEZ CANCHO, M., 1981, *La villa de Cáceres en el siglo XVIII (demografía y Sociedad)*. Cáceres.
- RODRÍGUEZ CANCHO, M., 1994, «Migraciones internas en la Extremadura Moderna.» En EIRAS ROEL, A., REY CASTELAO, O. (Eds.), 1994, *Migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*. Vol.II, Santiago de Compostela, pp. 321-356.
- RODRIGUEZ GRAJERA, A., 1985, *La población de Mérida en el siglo XVII*. Badajoz.
- RODRÍGUEZ GRAJERA, A., 1991, *Población y estructura agraria de la Alta Extremadura en el siglo XVII*. Cáceres.
- RODRIGUEZ SÁNCHEZ, A., 1977, *Cáceres: población y comportamientos demográficos en el siglo XVI*. Cáceres.

- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A., 1979, "Guerra, miseria y corrupción en Extremadura, 1640-1668." En *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres, pp. 605-625.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A., 1991, «Métodos de evaluación de las estrategias familiares en el Antiguo Régimen» en *Actas del congreso fuentes y métodos de la historia local*, Zamora, 141-153.
- SALAS AUSENS, J. A., 1999, «Demografía y fenómeno urbano en la sociedad preindustrial (España, siglos XVI-XIX)» en GONZÁLEZ PORTILLA, M., ZARRAGA SANGRONIZ, K. (ed), *Historia de la población, I. IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica. Demografía urbana, migraciones y envejecimiento*. Bilbao.
- SÁNCHEZ GÓMEZ-CORONADO, M., 1993, *El ducado de Feria al final del Antiguo Régimen*. Mérida.
- SHRYOCK, H.S., SIEGEL, J.S. and Ass., 1976, *The Methods and Materials of Demography*. San Diego, Ca.
- VILLARES PAZ, R., (Coord.), 1988, *La ciudad y el mundo urbano en la historia de Galicia*. Santiago.
- VV.AA, 1983, *Historia de Extremadura. Los Tiempos Modernos*. Mérida.
- WRIGLEY E.A., 1967, «A simple model of London's importance in changing English society and economy» en *Past and Present*, 37, pp. 44-70. En este trabajo se ha utilizado la traducción al castellano de este trabajo, publicada en WRIGLEY, E.A., 1992, *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*. Barcelona, pp. 189-220..
- ZARANDIETA ARENAS, F., 1993, *Almendrales en los siglos XVI y XVII*. 2 Vols. Almendrales